

Viejos dolores, nuevas terapias médicas¹

Old pains, new medical therapies

José Edgar Pérez Muñoz

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Egresado de la Licenciatura en Historia

Licenciado en Historia

eddyperetz.m95@gmail.com

Estaba a punto de amanecer, don Marcos, un veterano de la Revolución, no había dormido bien, toda la noche tuvo un fuerte dolor en su mano derecha, tendido en su cama trató de darse un masaje, aunque de pronto se sonrió a sí mismo al darse cuenta de lo que intentaba. Donde antes tenía la mano, ahora no había nada. Sin poder evitarlo, le vino una retrospectiva de la batalla, una intensa explosión muy cerca de él, el polvo en su cara y una sensación de calor en toda la parte derecha de su cuerpo. No sintió dolor alguno, fue un periodo de latencia, pero sí notó que solo tenía tirones de carne que chorreaban sangre en donde antes estaba su mano.

— ¿Estás bien? ¿sientes dolor? — le preguntó su esposa regresándolo al presente, que lo miraba desde la puerta de la habitación, aturdido, sosteniéndose el muñón con la mano izquierda.

¹ Durante el Porfiriato se introdujo al país y particularmente a la ciudad de Puebla la electricidad, el uso más reconocido y estudiado fue la iluminación pública, sin embargo, se le dio los usos más diversos. Para 1900 en la publicidad de los periódicos comenzaron a aparecer los anuncios de tratamientos novedosos por parte de la ciencia médica, por ejemplo, en mayo de dicho año, en *El Clarín de Oriente* se leía la promoción de un consultorio electroterápico propiedad del doctor Abelardo Rodríguez que prometía la cura para diversos padecimientos; y en febrero de 1905 en *El Amigo de la Verdad*, el doctor Unda, hacía lo propio, mencionando las más modernas máquinas de rayos X, entre otras. Incluso años antes, a finales de la década de 1880 ya se conocían las (supuestas) funciones curativas de la electricidad, por ejemplo, en la obra de Alberto Best, *Noticia de las aplicaciones de la electricidad en la república mexicana presentada por el ministerio de fomento en la exposición internacional de París*, de 1889, describía las múltiples enfermedades que se podían tratar con la energía en cuestión. En específico dicho texto, se decía que el pasar el flujo eléctrico por las zonas del cuerpo donde se había sufrido una amputación disminuía lo que se conoce como el dolor fantasma. Así, continuaron apareciendo anuncios durante el final del Porfiriato y el periodo de la Revolución Mexicana, promocionando los nuevos tratamientos, y de hecho, hasta la actualidad hay terapias para zonas con mutilaciones en el cuerpo a base de electricidad, sin que en muchos casos se hayan comprobado su efectividad. Para el presente, se retoma una situación verdadera que fue la de las amputaciones propias de un conflicto armado como la Revolución Mexicana, sin que haya registros de cuantos civiles o militares sufrieran una mutilación y posterior amputación a causa de los eventos violentos de dicho periodo, y mucho menos cuantos sufrieron alguna afección posterior, como dolor en el muñón o el dolor fantasma, sin embargo, hubo algunas figuras destacadas que padecieron la pérdida de un miembro, por ejemplo, el general Álvaro Obregón, quien fuera presidente de México a principios de la década de 1920.



— Nn, noo, no es nada, solo una pequeña molestia — le respondió, tratando de dejar pasar el tema y sin querer que viera su nerviosismo, aunque su tartamudeo lo delataba.

Se vistió rápidamente para tomar su desayuno, aunque en realidad no tenía hambre, pero sabía que, si no se alimentaba, sería peor para su salud. Habían pasado años hasta que apareció ese raro dolor, que a veces era intenso y otras apenas una pequeña molestia. Salió de su casa y caminó por la Avenida Reforma con dirección a su almacén, que se encontraba a unos pasos del zócalo, antes de entrar, miró a su alrededor, las calles de la Angelópolis empezaban a ser adornadas para la conmemoración del Centenario de la consumación de la Independencia.

La situación lo alegró, pues su negocio no había ido bien desde hacía un tiempo y los festejos mejorarían sus ventas. Más tarde, mientras leía algunos periódicos centró su atención en la publicidad de los consultorios médicos, entre esos le llamaban la atención los que se referían a la terapia para miembros amputados con electrodos que hacían pasar electricidad en la zona afectada.

— Este tratamiento disminuye y desaparece el dolor fantasma — le había asegurado el doctor en una consulta anterior.

Sin embargo, sabía que eran tratamientos muy costosos, por ahora no podía hacer más que esperar a que su negocio mejorara.

Esa noche fue a casa con una fuerte necesidad de soledad y no quería que su esposa notara el tic que sufría en sus ojos, después de cenar se acostó a dormir, aunque no logró conciliar el sueño después de un buen rato, reflexionaba en todos los beneficios que traía la electricidad para quienes podían pagar los tratamientos, pues sabía que había terapias para la próstata, el hígado, las enfermedades reumáticas, el cáncer, piedras en los riñones, pero también pensó que muchas personas enfermas no tenían dinero para costearlos. Afortunadamente en esos momentos no tenía ninguna molestia en el muñón, así, sin darse cuenta se quedó dormido hasta el amanecer.

Pasaron los días y llegó el tiempo de los primeros festejos patrios para conmemorar la llegada del consumidor de la Independencia, don Agustín de Iturbide, a la urbe en agosto de 1821, incluso el presidente, general Álvaro Obregón se había dado cita en Puebla para ser parte del programa que se había preparado en la ciudad. Don Marcos había adornado su almacén lo mejor que había podido, y tan pronto como pudo, fue al zócalo para intentar saludar al presidente.

Esto parecía imposible, pues la plaza estaba atestada de gente, la población entera inundaba las calles y rápidamente perdió la esperanza de estar cerca del mandatario, a pesar de que lo veía a escasos diez metros, sin embargo, en un giro inesperado, fue el presidente quien empezó a caminar hacia don Marcos, quien, sorprendido, no pudo moverse, así, sin darse cuenta,



ambos estaban frente a frente. No sabía qué hacer, y en un acto impulsivo se puso firme e hizo un saludo marcial a pesar de faltarle la mano. El general Obregón lo miró y extendió su mano izquierda, la única que le quedaba, don Marcos también extendió su mano izquierda y la estrecharon mutuamente.

— ¿Cuál es su nombre? — le preguntó el presidente.

— Soy el capitán Marcos Villarreal, mi general —.

— Gracias por su servicio a la Revolución y al pueblo, capitán — le dijo el mandatario, mientras miraba la manga del traje de don Marcos, donde se encontraba el muñón. Después de eso el presidente siguió su camino.

Con el paso de los días, las fiestas transcurrieron con gran éxito, mientras que el negocio de don Marcos había tenido igual suerte, las ventas se habían elevado y se habían mantenido así los siguientes meses. Lo que le había permitido costear el inicio de un tratamiento para el dolor fantasma que sufría en una mano que ya no tenía, ahora solo tenía un ligero hormigueo, y se preguntaba cuántos de los militares y civiles que habían sufrido alguna amputación durante la Revolución sentían también ese dolor, incluyendo al presidente Álvaro Obregón.